



EL ECO DE CARTAGENA

ANO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11815

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 31 DE JULIO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Lo del Sindicato

Las laboriosas gestiones practicadas en Madrid por el Sindicato Minero y que á última hora parecía que iban á ser coronadas por el éxito, han fracasado. Una vez más la ignorancia se ha levantado frente á la conveniencia, y poniendo en peligro la vida de la industria minera murciana, hace asomar el fatídico problema del hambre, cerniéndose sobre una población obrera que vive trabajosamente de la explotación de la veta de hierro ó del exiguo filón de carbonatos.

El señor Ursaliz debe de ser de esos hombres que creen que toda mina es algo así como un tesoro, en el que basta meter la mano para sacarla llena de monedas.

Primero se nego al concierto. Después se ablandó un tanto y decidiose al fin por concederlo; pero procediendo del modo que la dueña de la gallina célebre, quería sacar á la industria minera murciana la enorme suma de 1.174.500 pesetas anuales.

No ha bastado ninguna clase de razonamientos contra ese disparate que indica que toda la ciencia del Sr. Ursaliz estriba en amonlonar dinero si quier se hunda el mundo. Pedir esa cantidad al Sindicato, cuyas cuentas acusan el pago de 360.000 pesetas anuales, cifra que se proponía elevar, haciendo un esfuerzo, á 400.000, es poner fin de un modo brusco á las negociaciones; mas que eso, es como si á cualquiera que nos visitara le dijéramos:

—Me está usted estorbando. La cifra está tan fuera de lo razonable, supera de tal modo la que se deduce del cálculo y cierra tan bruscamente el paso á todo arreglo, que los mineros se han convencido de que no es posible llegar á nada práctico con el Sr. Ursaliz.

El ministro de Hacienda se ha entrado tan adentro en el campo de la fantasía, que el seguirle para hacerle volver á lo real, sería perder el tiempo de un modo lamentable.

¿Hasta cuando los encargados de la hacienda española han de mirar como enemigos á los contribuyentes? La experiencia ha enseñado que esas actitudes á nadie beneficiarían: ni siquiera al Tesoro, en cuyo nombre se aprietan los torrillos que echan á perder los negocios, arruinando á los que se atreven á gastar su dinero en empresas industriales.

¿En qué se funda el ministro de Hacienda para elevar el tipo de concierto á la cantidad fabulosa en que lo fija? En el capricho y nada más; porque los datos que existen en las oficinas no llegan á la suma que el Sindicato pagaba muy á gusto, no porque al concertarse realizara un negocio, sino porque se libraba, librando á los mineros todos, de la obligación de las guías y de esa carcoma aborrecible que se llama investigación.

Las intransigencias del Sr. Ursaliz han dado al traste con infinidad de negocios mineros. Los ricos aun podrán defenderse resistiendo el daño; los pobres, que son el mayor número, quedarán inactivos para sustraerse á la investigación ignorante que aprecia miles de toneladas de hierro donde apenas salió mineral suficiente para cargar un falucho.

Contra el capricho debe estar la razón. No es posible que porque á un ministro de Hacienda le plazca, se paren las industrias arrojando á la calle una legión de obreros.

¿Ha establecido aquél las debidas comparaciones entre las provincias mineras? ¿Ha visto cuál es la que más paga? De esas comparaciones pudiera deducirse lo que le corresponde pagar á la industria minera de esta región.

Pero no vale comparar los re-

gistros mineros, porque arrojarían un dato de todo punto incierto. Murcia es sin duda la provincia que más minas tiene; pero la gran mayoría de ellas están paradas y de las que no lo están hay un gran número que viven de milagro.

Para apreciar la importancia del golpe que recibe esta región minera, habrá que atenerse á las minas que trabajan, de las cuales una infinidad apenas contribuirán con unas miserables pesetas del producto bruto para aumentar los recursos del Tesoro.

Poco va á deber éste al Sr. Ursaliz. Probablemente pérdidas.

Muchísimos mineros le deberán la ruina.

Y en vista de ese fatal resultado de su gestión, se ennegrece el pensamiento y formulan los labios esta pregunta:

¿Es este el hombre de talento claro y de criterio práctico que mereció elogios de la prensa al ascender al puesto de ministro?

Sin duda los merece y ha caído en un error en el asunto del Sindicato; pero cómo es preciso desahcerlo, urge que todos los elementos que pueden y valen, contribuyan á que no prospere

TIJERETAZOS

Con el título ¿será posible? publica *La Unión Mercantil* el suelto que vamos á copiar:

«Circular el rumor de que la comisión provincial ha acordado suprimir la acostumbrada consignación para los enfermos pobres que necesitan de los baños de Carratraca.»

¿Y le extraña á usted eso? ¿Pues y aquellas diputaciones que carecían de amas para criar los chicos? ¿Y... vamos, hombre, se ha caído natede un nido al extrañarse de eso?

En los Estados Unidos ha sido botado al agua un nuevo *Maine*. ¿Dónde volará?

Con qué temor lo verán llegar á puerto los supersticiosos de cada país.

El Sr. Villaverde ha llevado á los tribunales al «Diluvio.»

Preveo un chaparrón.

Porque el tal periodiquito es de los que se dejan ir sin decir ¡agua va!

Que tratándose de «El Diluvio»; es lo mismo que decir:

—¡Allá voy!

Indica un colega que el viaje de Moret á Londres y la visita de la escuadra alemana á San Sebastian tienen importancia diplomática.

Hombre, esas noticias se dan poco á poco para que no hagan daño.

Buen pelo tenemos para achacar importancia diplomática, política, económica, ni siquiera particular á las salidas y entradas del Sr. Moret.

ENSEÑANZAS DE LA GUERRA

Hace más de dos meses que con el epígrafe *La guerra hispano-americana bajo el punto de vista médico* publicamos un artículo dando cuenta á los lectores del «Diario de la Marina» de la aparición de un libro dedicado al estudio de este punto concreto de la campaña, que su autor, inspector general de Sanidad del Estado de Illinois y profesor de Cirugía Militar de la Universidad de Chicago, había tenido la bondad de enviarnos.

Era el primer libro de esta naturaleza que caía en nuestras manos, y la justa fama que su autor goza en el mundo científico como escritor distinguido y operador eminente, unida al deseo natural de conocer el concepto que los médicos militares españoles habíamos merecido á los médicos militares americanos, hizo que lo leyéramos con gran afán, quedando, al terminar su lectura, hondamente impresionados.

Tratábase indudablemente, de un estudio meditado y serio, escrito en presencia de hechos reales, no de sucesos imaginarios, por un hombre de claro entendimiento, que al consignar el resultado de su propia observación proporcionaba las útiles enseñanzas que siempre se desprenden de todo trabajo práctico. Los médicos militares debían, en mi concepto, leerlo, y desde el primer momento hice el propósito de

traducirlo al español para que pudieran conocerlo aquellos de nuestros compañeros que desconocieran el inglés, idioma en que el libro había sido publicado.

Yo tenía la seguridad de que el libro había de ser bien recibido entre nosotros. Los múltiples y variados problemas de la Medicina, de la Cirugía y de la Higiene militar se encuentran en él planteados, aunque unos hayan sido tratados con más amplitud que otros, debido, sin duda, á las aficiones particulares del autor y á la imposibilidad de abarcar todos los extremos con la misma extensión, sea el que quiera el punto de vista en que nos coloquemos, la obra es por todos conceptos digna de que fijemos en ella nuestra atención. Mi deseo de verterla á nuestro idioma hallábase, por lo tanto, plenamente justificado. Pero si he de hablar con entera franqueza, si he de decir lo que entonces sentía, no podré ocultar que aquel desoco tan natural y legítimo, que mereció la aprobación y el aplauso de los compañeros y amigos á quienes confidencialmente hablé del asunto, tropezaba con un inconveniente que á toda costa era preciso evitar.

El lector habrá, seguramente, adivinado que nos referimos á ciertos conceptos ó frases sueltas que aparecían en el libro y que, á pesar de su insignificancia real, ni podía ni quería traducir al español, por lo que en ellas pudiera haber de mortificante para nuestro amor propio nacional. Y no es que me asuste de la media docena de palabras, un poco sabidas de tono, que con facilidad suma, y con notoria injusticia, se encuentran en los libros de cualquier escritor americano, de los cuales también nosotros hemos dicho, hasta en documentos oficiales, cosas que jamás debían haberse autorizado. No. Es sencillamente que no queríamos hacernos cómplices del delito de mortificación que aquellas palabras podían producir al que las leyere, y antes de darlas á conocer, voluntariamente renunciaríamos al propósito de hacer la traducción.

Por eso en nuestro artículo anterior nos permitíamos rogar al Dr. Sonn que si hacía una segunda edición de su obra, suprimiera lo poco que había en olla que podía molestarlos, sustituyendo algunas palabras por otras que, sin cambiar el sentido de la frase, atenúan la crudeza de la expresión, y el Dr. Sonn, á quien no ha podido aculársele lo justo de nuestra petición, ha respondido noblemente, accediendo á nuestro deseo en los términos que pueden

VIDA RUSTICA

20

21 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

VIDA RUSTICA

24

En el coche iba sentado un joven caballero, con el gorro de estudiante ladeado, y con un cigarrillo en los labios. Hacía la casa guiaba el caballo el Francisco de que poco antes habían hablado los dos campesinos. El joven estudiante saltó del carruaje, y habiendo reconocido al señor Zolzikiewickz, le saludó con la mano, mientras exclamaba:

—¿Cómo estás? ¿Qué hay de nuevo? ¿Te pones aún dos dedos de pomada perfumada en la cabeza?

¡Vuestro humilde servidor!—dijo nuestro escribano, haciendo una profunda reverencia. Pero apenas hubo pasado el coche, añadió por lo bajo:—Así te romperás el cuello antes de llegar!...

El señor escribano no podía sufrir aquel estudiante. Este era primo de los Skorabiewski, los señores del país, ó sencillamente «los señores» como les llamaban los campesinos, y venía, como todos los años, á pasar las vacaciones entre ellos.

Zolzikiewickz, no solo le miraba con mal ojo, sino que le temía como al fuego, porque además de ser un elegante petimetre, era también un barlón incorregible, que no economizaba sus burlas puzantes y á

vices atroces, con el terrible escribano, siendo él el único, en todo el contorno, que no le tenía ningún respeto.

Hasta una vez se atrevió á entrar de improviso en la oficina municipal durante una sesión, y después de haber llamado estúpido al huido escribano, había aconsejado á los asesores y consejeros que no prestaran ninguna fe á sus palabras. El señor Zolzikiewickz se hubiera vengado de buena gana; pero ¿qué hacer? contra él todas sus armas eran perfectamente inútiles.

La llegada de aquel estudiante le puso de mal humor, y continuó su camino con la faz nublada, y no se detuvo hasta que llegó cerca de otra cabaña, puesta un poco de lado, á la izquierda del camino. La frente de Zolzikiewickz se serenó á su vista. Esta era una cabaña, pobre quizás como las demás; pero cuidada con mucha solicitud, con la era limpia, y rodeada de una baja valla verde. Cerca de la valla, estaba amontonada la leña, y el hacha que servía para destrozarla, estaba en aquel momento clavada en un grueso tronco. Un poco más lejos se veía una cabaña más pequeña y un rústico cobertizo que servían de establo para los animales coruados y los tocinos; después seguía un pequeño prado en el cual un caballo mascaba tranquilamente la yerba corta que arranca-ba con los dientes. Delante de los establos había una

Mientras tanto nuestro héroe se acercó aún más á la joven.

—Deja que te dé un beso, y después te lo digo todo.

—¡Enseguida!—respondió sencillamente la aldeana.

El hombre educado no se descorazonó: con un movimiento rápido cogió por la cintura á la joven y la strajo hacia sí.

—Dejadme, señor, ó grito,—exclamó la Kzepowa, procurando librarse del ataque.

—¡Basta mial... ¡Margiam mial...

—¡Señor... soltadme señor!...

A esto sucedió casi una lucha cuerpo á cuerpo, porque los contendientes, eran ambos robustos, cuando la intervención del perro cambió el aspecto de las cosas. El fiel animal empezó con «brizar el pelo de la espalda y hacer crojir los dientes; después se puso furibundo contra el escribano; pero como éste llevaba una chaqueta muy corta, el can pegó dentada en los indefensos calzones, rasgó el paño basto que encontró la piel, y cuando tuvo un buen bocancho, empezó á sacudir la cabeza para arrancar la presa.